

chando los principios nutritivos y procurando que ni los enfermos queden con hambre, ni se desperdicien los alimentos, cuyo peso y calidad comprueban los médicos de tiempo en tiempo. Las medicinas no se colocan á la cabecera de cada cama, sino en aparadores de donde las pueda tomar el que cuida de la sala respectiva. El hospital tiene los suficientes instrumentos para operaciones quirúrgicas.

Con recursos de la testamentaria de la Sra. Veisteguí se construyó una gran sala de heridos, mejora importantísima, que alejó del hospital la podredumbre que tantos males ha causado, prolongando los sufrimientos de los enfermos que no sucumben á su perniciosa influencia. Puede calcularse en cuatro mil el movimiento de entradas y salidas y en ocho por ciento la proporción de los que mueren.

Antigua Plaza de toros de San Pablo.

Esta plaza, situada cerca de la parroquia y el hospital, fué el punto de reunión de la lujosa corte colonial, sitio en que los vireyes ostentaron sus bordados y las vireinas sus encantos. El toro de once fué una de las diversiones más solicitadas por el público de la capital, compitiendo con la jamaica, y amenizándolo con el palo encebado y el monte parnaso.

La plaza de San Pablo era honrada también por nuestros gobernantes después de la Independencia, suceso que se anunciaba en los carteles como un grande acontecimiento. La concurrencia á aquella plaza fué bajando poco á poco en calidad, sin poder sufrir la competencia que le hizo la del Paseo Nuevo; sin embargo, hasta los últimos años llenábase la sombra con la clase media que acudía en los simones y el sol con la muchedumbre que constituye el populacho. Allí, como en todas las plazas de toros, el picador era tuteado, al payaso le silaban y el desenfrenado entusiasmo, la espantosa gritería jamás dejaron de manifestarse, principalmente al matar al toro, colearlo ó montarlo.

El juez que presidía la función hacía un papel de importancia; era necesario que llegara temprano á la plaza para ver partirlos por los soldados con vistosos uniformes; los toreros de á pie y á caballo, lucían sus trajes yendo á saludar enfrente de la autoridad y hasta las mulas que servían para arrastrar al toro vencido en la lucha desigual de la barbarie con la inteligencia, presentaban un aspecto pintoresco y que impresionaba fuertemente á la multitud. Al abrirse la puerta del toril y presentarse el bruto, se le plantaba una rosa en la frente, después era capoteado, picado y banderillado, sujetándose á los toques que partían del palco del juez, los toros más valientes eran matados y la misma monótona escena se repetía con cada pobre animal que salía á la arena, sin que se disminuyera el bélico y ardoroso entusiasmo alimentado por el pulque que nunca faltaba, principalmente en el lado del sol. Los lances de destreza y temeridad inspiraban irresistible interés, completa fascinación,

vértigo extraño que hace vacilar la voluntad del espectador que no sabe si inclinarse en favor del hombre ó de la fiera; la multitud atenta y animosa, entretenida y á veces silenciosa, prorrumpla de pronto en silbidos y quejas, ó en aplausos y vivas; los accidentes desgraciados no habían de faltar y por ello se ponían delante de la fiera caballos destinados al sacrificio y á que pisaran sus propias entrañas; no se aplaudía el valor sino la temeridad en exponer la vida. Cuando un colearodaba por debajo del caballo y del toro perdiendo la vida; cuando alguna torpeza de un torero le hacía caer á los golpes de la fiera y era llamado el sacerdote para dar al moribundo los últimos auxilios, la diversión había sido espléndida y el público quedaba convidado para el siguiente domingo.

El aspecto de la plaza junto á la parroquia de San Pablo, era hermoso cuando aparecía llena de espectadores, cuyo número podía llegar á ocho mil; pero siendo de construcción poco sólida, toda de madera, exigía reposiciones y nunca llegaba á tener completa seguridad. Después de varios órdenes de gradas aparecían las lumbreras; la decadencia de la plaza de San Pablo fué definitiva desde Noviembre de 1851 en que se estrenó la llamada del Paseo Nuevo, y vino á quedar completamente abandonada cuando se prohibieron las corridas de toros en la capital, en 1867. Hoy aparece convertida en un gran corral para guardar carros y materiales de construcción, las paredes están derruidas, el piso cubierto de lodo ó de polvo, todo indica allí que hay mucha distancia del aspecto que guarda al que presentaba en la época memorable de los vireyes.

EL PASEO DE LA VIGA.

La parte donde el canal, que comunica las lagunas de Chalco y de Texcoco, toma el nombre de "La Viga," está comprendida entre hileras de cipreses, fresnos y chopos que movidos por el viento, forman agradable murmurio; desde la garita comienzan las casas y para entrar á la ciudad se sigue el canal entre edificios cuyos balcones y ventanas permiten gozar del espectáculo pintoresco que ofrecen las canoas cargadas con verduras y flores, á semejanza de grandes ramilletes movidos por el remo del indígena; en el canal se deslizan las piraguas casi sin remar, ya cruza alguna indígena arrodillada delante de la rústica cuna de su hijo, ya aparecen grandes balsas de la madera que para los usos de la ciudad conducen por allí.

Ese paseo, llamado también de Ixtacalco, fué trazado en 1785 por el conde de Galvez, á la orilla de la acequia que conduce las aguas de la laguna de Chalco á la de Texcoco, y lo llevó á cabo el segundo conde de Revillagigedo. El virey Galvez que se presentaba públicamente en carruaje descubierto y en la plaza de toros, guiando él mismo los caballos, dió pruebas de magnificencia y de lujo; reedificó el palacio de Chapultepec, procuró embellecer á la capital y en su época se estable-

ció el primer café al uso francés. El barrio en que está el paseo fué poblado desde la conquista por descendientes de xochimilcas, establecido por los franciscanos forma parte del de San Pablo.

Ese antiguo paseo de la Viga ha sido descrito en prosa y verso, constituye un vergel que se extiende á larguísima distancia, formando una calle muy recta de árboles altos y de sonantes ramas. Allí se ven en cierta época del año coches de elegante hechura en considerable número, uno tras otro guardando perfecto orden.

El paseo de la Viga, formado por la prolongacion del canal, se anima mucho cada año en la aproximacion de las fiestas de la Pascua. En los domingos de cuaresma, la sociedad de México se da cita para aquel lugar, invadiéndolo una balluciosa concurrencia; en las calles laterales del paseo se oprime la multitud que tanto goza allí y en la orilla izquierda ondulan y chocan unas con otras las embarcaciones por el continuo movimiento de las aguas; lanchas, canoas y piraguas se cruzan en todos sentidos, las unas con paseantes que salen de México, las otras con viajeros que llegan á la capital á gozar en la semana Santa, y muchas conduciendo montones de flores que perfuman el ambiente; en algunas canoas aparecen entusiastas bailadoras coronadas de flor de apio y rosas, y se oyen los aires nacionales ejecutados en las arpas, flautas y guitarras: la mirada ardiente de las mugeres, los gestos animados, los movimientos desordenados de la ropa y los refranes de sus oróticas canciones, dan á esos bailes sobre movedizas barcas, un tinte de interés y un particular atractivo de inexplicable rareza.

Nada falta en aquellas fiestas populares: un cielo diamantino, trajes de colores brillantes, gritos y exclamaciones de placer, todo esto al lado de la multitud de coches en que va la mas escogida sociedad de México, el galope de los que cabalgan y el lujo allí desplegado, dan á aquel sitio una fisonomía, un embeleso tal, que hacen de él el paseo mas agradable y variado de la capital.

Por desgracia para ir á ese sitio hay que atravesar calles sin empedrado ni banquetas, con casas de aspecto ruinoso; el canal y el paseo de la Viga, quedan en el rumbo de México que no solamente no ha gozado de las mejoras que en todos los demás han repartido pródigamente las empresas de ferrocarriles, sino que ha sido completamente desatendido.

En aquel paseo tambien se ven *simones* de hechura gótica y enigmática, arrastrados por flacas mulas, junto á elegantes carrozas tiradas por hermosos caballos de raza pura; los ginetes en grupos pasean por en medio de la calzada y á los lados de esta va la gente á pié, principalmente del izquierdo; muchos vendedores gritan constantemente sus vendimias: "pasen á merendar;" "al buen pulque de piña y de naranja;" "tomarán pato grande?" "aquí hay envueltos;" "aquí hay tamales, mi alma, de chile, de dulce y de manteca;" "pastelitos calientes y empanadas;" "agua de limon fresco." En los dias que dura el paseo de la Viga todo es animacion y alegría y aparece con los encantos de la naturaleza y de las costumbres mexicanas. En el canal es inmenso el gentío: unos se embarcan, otros desembarcan, los canoeros ofrecen sus góndolas, en muchas de las cuales hay música; los gritos de ellos,

México Pintoresco. — Tomo II.



Litog. de Murguía.

Monumento levantado en el paseo de la Viga, en memoria del Emperador Cuauhtemotzin.

son: «¡á dos por medio, á Santanita! ¡á dos por medio!» los pobres asaltan verdaderamente las canoas y al son del bandolon y del arpa se comienza á bailar el *jarabe*, animando el cuadro los versos que recitan los músicos; encuéntrase unas con otras las canoas en que van los que promueven la algazara, y á la orilla del canal se divierte la multitud de curiosos que de pié ó sentados van á gozar con aquel espectáculo. Á Santanita se dirigen tambien muchos á pié. El ruido de los coches por un lado, la bulla de las canoas, los gritos de los vendedores de plátanos, coco, naranjas y tamales, tanta gente á pié y á caballo, forman un cuadro animadísimo é inundan de placer al que concurre.

Las canoas que regresan traen bellas jóvenes cuyas cabezas están adornadas con rojas amapolas y frescas ramas. El pulque y las enchiladas aparecen siempre en aquella reunion entre los del populacho. Por otro lado se columpian individuos de ambos sexos ó se divierten en el *sube y baja* y en los demás aparatos que por allí están á la disposicion del público, por módica retribucion.

Las riñas no escasean y al compás del palomo, el jarabe y la pasadita, relucen muchas veces los puñales y acaban con sangre las escenas de baile. Dura el paseo desde el primer domingo de cuaresma hasta la Pascua de Espiritu Santo.

Cuando los vireyes concurrían á ese recreo, les preparaban un barco lujosamente ataviado con cortinas y cojines de seda, vestían de gala los remeros, se llevaba música y en algun lugar del tránsito tomaban refrescos costeados por los particulares. Algunas veces se ha pretendido poner buques de vapor para el tráfico, pero jamás se ha logrado realizar la empresa por la corta profundidad del canal.

Monumento de Cuauhtemotzin.

En medio del pintoresco paseo de la Viga se levanta un monumento de cantera que remata en un pequeño busto de aquel monarca azteca. Fué inaugurado el 13 de Agosto de 1869, por el Ayuntamiento de la capital, á los trescientos cuarenta y ocho años de la rendicion de México á las tropas de Cortés y de la prision del héroe mexicano. En uno de los lados de la columna se lee la siguiente inscripcion en castellano y mexicano:

«Al último monarca Azteca, á Guautimotzin, heróico en la defensa de la Patria, sublime en el martirio: el Ayuntamiento Constitucional en 1869.»

Asistieron al acto el Presidente de la República con sus ministros y el Ayuntamiento presidido por el Gobernador del Distrito; la tropa que formó valla presentó las armas y las músicas tocaron marcha al descubrir el velo que cubria el busto; en seguida ocuparon la tribuna los oradores, expresándose los unos en mexicano y los otros en español.

El pedestal tiene cerca de cinco varas de altura y poco mas de un metro por lado; descansando en una extensa gradería, en la parte superior, un busto pequeño

que es el que personifica á todo el monumento. El conjunto resulta ridículo, no por el pedestal que, aunque de ruda cantera, es hermoso, sino por el busto que es pequeño, casi mezquino.

El monumento está colocado frente al puente de Jamaica, cerca de los establos de vacas y jumentos y de las barracas de los indígenas, y sin duda habria sido mejor colocarlo en la plaza de Santiago Tlaltelolco, último baluarte en que se defendió la libertad de los mexicanos, glorioso campo de las hazañas de Cuauhtemotzin.

El Ayuntamiento no quiso gastar cuatrocientos pesos que le pedian por una gran piedra de la que se habria formado una estatua digna del esforzado guerrero, y de esa mezquindad resultó algo ridículo en aquel monumento, levantado en memoria del reivindicador de la honra de los aztecas.

CALZADA DE SAN ANTONIO ABAD Ó DE IZTAPALAPA.

Saliendo del paseo de la Viga nos dirigimos por una calle estrecha que está á la derecha y llegamos á la calzada de San Antonio Abad, conocida antiguamente por de Iztapalapa, cuando México asemejábase á una Venecia rodeada de montañas. Por allí entró Cortés la primera vez que los europeos pusieron la planta en el suelo de la capital, cuando la solemne audiencia en que Moctezuma declaró el 8 de Noviembre de 1519, que los altos hechos de los españoles no podian ser sino obra de los enviados del gran Quetzalcoatl.

La calzada toma el nombre del pueblecillo de Iztapalapa, en el cual recibió el conquistador Cortés algunos embajadores del rey azteca, para suplicarle que desistiera de entrar á la capital, ofreciendo darle cuanto quisiera. Por aquella calzada caminó el ejército español delante del cual iba un indígena previniendo, en idioma mexicano, que nadie se atravesara por el camino, si no queria ser matado desde luego. Iztapalapa está á dos leguas de México y se comunica por una hermosa calzada, en la que holgadamente puede marchar mucha gente, y es tan recta que tan solo forma un pequeño ángulo en toda su extension; á un lado están Mexicalzingo, lugar en aquel tiempo, de gran número de casas en el agua; Coyoacan, muy fértil, sano y alegre y Churubusco con multitud de templos y torres muy altas y pintadas de blanco, que resplandecian y á lo léjos parecian de plata. Cerca de la capital toma la calzada el nombre de San Antonio Abad.

Conserva esa vía, de trecho en trecho, puentes por donde corren las aguas de una á otra laguna. En el punto en que se encuentra aquella calzada con la de Coyoacan, se detuvo Cortés porque salieron á recibirlo cuatro mil caballeros ricamente vestidos. Continuando por la calzada pasaron el puente de madera que despues construyó de piedra Pedro de Alvarado y que está ya dentro del caserío, cercano á la iglesia que fué de San Antonio Abad. Allí, en ese puente recibió Moctezuma á Cortés debajo de un palio de plumas verdes, con muchos adornos de plata y oro.

Cargaban el palio cuatro nobles, presidiéndole tres en hilera, cada uno con vara de oro levantada á manera de cetro; Cuitlahuac, hermano del monarca y otro grande de la Corte, iban á los lados vestidos como el rey, con la diferencia de que no llevaban zapatos ó cacles de oro adornados con pedrería de mucho valor; esos dos grandes que le sostenian de los brazos iban descalzos por acatamiento, pues nadie se presentaba calzado ni era permitido levantar los ojos en presencia de Moctezuma; delante de éste iban los criados poniéndole telas en el suelo para que no pisara la tierra; un poco atrás le seguian doscientos Señores, tambien descalzos y con mas ricos trajes que los tres mil que le precedian; Moctezuma caminaba por en medio de la calle y los nobles del lado de la pared.

Al descubrir Cortés al monarca, se apeó prontamente del caballo y unido á varios españoles, llegó á hacerle una reverencia segun la costumbre castellana; detuviéronle los que llevaban del brazo al monarca, porque se tomaba por enorme desacato que algun hombre lo tocara y despues de saludarse cada uno á su modo, le dió Cortés las gracias por haber salido á recibirle y con mucho comedimiento le puso al cuello un collar de margaritas, piedras de vidrio y esmalte; inclinóse algo Moctezuma indicando que recibia con benevolencia el presente y permitió que Cortés se quedara acompañado por uno de los nobles; en seguida la nobleza le dió el parabien al jefe de los españoles y el rey puso al cuello de Cortés dos collares de grandes y gruesos camarones de oro, accion de Moctezuma que admiró á los indios. La calle que siguieron, de casi una tercera parte de legua, ha tenido desde entónces casas en ambas aceras; una multitud de indígenas saciaba su curiosidad admirando las barbas, los vestidos, los caballos y las armas de los castellanos y éstos tambien iban admirados de haberse encontrado una ciudad que jamás se habian imaginado. La comitiva llegó al Palacio de Axayacatl donde dejó Moctezuma á los españoles. Tal fué la entrada y recepcion de los conquistadores por la calzada de Iztapalapa, hoy de San Antonio Abad. Algunos suponen que el lugar de la recepcion fué donde Cortés levantó el hospital de Jesus.

Cuando Cortés puso sitio á la capital, despues de los memorables sucesos de la Noche Triste, á consecuencia de los cuales se vió obligado á tomar cuarteles en Tlaxcala, estableció su centro de operaciones en la misma calzada que hoy se denomina de San Antonio Abad, la que fué rota en varios puntos é interceptada con trincheras; Cortés personalmente las tomó y usando de la artillería despejó la vía matando un gran número de los que la cubrian y como á media legua de la ciudad, en una torre, se quedó el capitán que aumentó sus fuerzas con las que sitiaron por Tacuba y Atzacozalco y con los bergantines; usando de los arcabuces y cañones, rechazó las agresiones de los mexicanos y se sostuvo en aquel punto. En esa calzada y acequias laterales habia frecuentes combates; rompiéndola pasó al otro lado bergantines que por los dos flancos la cuidaron y permitian á los españoles quemar las casas y repetir los ataques yendo el mismo Cortés á la cabeza de los asaltantes. Levantaron despues los castellanos un campo ó real en el lugar en que hoy está el rastro, desde donde hicieron varias entradas al grado de obligar á los mexicanos á